

de María, aunque tal vez (por una de vuestras inconsecuencias ordinarias) neguéis á la Madre del Verbo encarnado la perpetua é inviolable virginidad; ¿por qué rehusáis vuestro asentimiento á esa misma palabra cuando os dice: *Tomad y comed, que esto que os doy es mi cuerpo*¹? ¿No salta á la vista la inconsecuencia de esas sectas que no tienen otra ley de creer que su capricho? Concluyamos este punto dejando asentado que la fe en la Eucaristía es la garantía de toda fe cristiana, por lo mismo que la negación de todos nuestros dogmas es la muerte de la fe y el triunfo lógico del racionalismo ateo, ya tan avanzado en nuestros días.

6. Á la unidad de la fe se refiere, como á primera vista se comprende, la unidad de culto no menos preciosa ni menos esencial que la primera de la cual dimana. *Una fides, unum baptisma*. Unidos estrechísimamente por el lazo de una fe común que no discrepa en un solo ápice, están reunidos los verdaderos cristianos en un mismo lugar de oración, en un solo templo, no ya material, sino formal, porque adoran á Dios todos los días con unos mismos ritos y ceremonias lo mismo en el remoto Oriente que en los confines del Occidente, con unos mismos cánticos, oraciones y salmos, y hasta con un mismo idioma. Así como no puede darse más bello espectáculo de fraternidad, así no hay signo más auténtico de la verdad de la religión, esencialmente una, que esa bellísima uniformidad. Aquí sí que se verifica la ley formulada por el heraldo de la Cruz entre las gentes: *No hay delante de Dios judío ni gentil, bárbaro ni civilizado, sino todo y en todos Jesucristo*².

¹ Luc. 22, 19.² Col. 3, 11.

Aquí sí que se cumple el vaticinio de Malaquías que anunció el reino de Cristo caracterizado por la oblación universal de un sacrificio de suma limpieza que había de ofrecerse por toda la redondez de la tierra¹. Pues bien, amados fieles, tan sublime cuadro de unidad de culto desaparece de nuestros ojos con la horrible negación del más augusto y más amable de nuestros misterios, el de la presencia real de Jesucristo en la sagrada Eucaristía. Sin ésta ¿qué queda de nuestro sacrificio del altar, supremo acto del culto divino entre los cristianos? ¡Ay de los míseros pueblos saqueados por la herejía de su más rico tesoro, la fe en el Sacramento adorable! ¡Pobres pueblos despojados de su culto! ¡Miserables templos, indignos ya de llamarse casas de Dios y moradas de oración! Desiertos están, aunque parezcan llenos de fríos adoradores, porque ha salido de allí ó, mejor dicho, ha sido indignamente arrojado de su trono Jesucristo. ¿Qué queda? Ni su imagen sacrosanta de la que abomina la herejía, ni su sombra, ni nada que revele su presencia. Desde el momento que la unidad de fe quedó rasgada por la blasfemia herética, murió también la verdadera y sólida piedad, porque sólo el Sacramento de nuestros altares es capaz de mantener ardiente su llama: ¡*Oh Sacramento*, volveré á exclamar con San Agustín, *Sacramento de piedad y signo de unidad!*

7. Destruído el culto cristiano, digno de este nombre, quedaba por el mismo hecho rota y despedazada la unidad de sacerdocio y jerarquía, cuyo centro es también la presencia eucarística. No habiendo ya sacrificio que ofrecer, ¿para qué ordenar y consagrar ministros? ¿acaso para las demás funciones del culto? Pero aca-

¹ Mal. 1, 11.

bamos de ver á qué se reduce ese culto donde no se tributa adoración á Jesús sacramentado; para tales ministerios, leer la adulterada palabra divina, dar lecciones de moral universal, cantar y tocar instrumentos como en un salón de academia, no es necesario verdadero sacerdocio, pues todas esas funciones pueden desempeñarlas ministros inferiores y aun simples laicos. Por lo demás, el sacerdocio fué claramente instituído por Jesucristo en la noche de la Cena conjuntamente con la Eucaristía y para servicio de este Sacramento: *Haced esto en memoria mía*¹. Donde no hay Sacramento sino su profanación sacrílega, el sacerdocio ¿pasará de ser una indigna farsa? Bien sé que los ministros de tal culto, hijo de la herejía, se arrogan el pomposo título de Pastores; pero ese no sólo es un título hueco, por lo que hace al rebaño de Cristo, sino capaz de acarrear maldiciones á quien quiera que lo usurpa y lleva indignamente. Oíd al Señor por el Profeta Ezequiel: *¡Ay de vosotros pastores, que os apacentáis á vosotros mismos!*² Y de ellos habla el divino Salvador cuando dice: *El que no entra por la puerta en el aprisco, sino escalando los muros, ése no es pastor, sino ladrón.... Ese no viene sino á robar, matar y destruir las ovejas*³. Y ¿sabéis quién entra por la puerta del aprisco? Sólo aquél que, obediente al cayado del primer pastor, el Sumo Pontífice Romano, recibe de él las llaves, la imposición de las manos, la jurisdicción; aquél, en fin, que respeta inviolable la unidad del sacerdocio instituído por el Sacerdote Eterno, por el Pontífice de los bienes venideros⁴. Rotos, pues, y destruídos todos los lazos de la unidad

¹ Luc. 22, 19.² Ez. 34, 2.³ Io. 10, 1. 10.⁴ Hebr. 9, 11.

de fe, por obra de la herejía sacramentaria, ¿podrán menos de romperse los santos vínculos que ligan los corazones? ¿quedará á salvo *su unidad de caridad*? Vais á verlo en la segunda parte.

II.

8. La unidad establecida por el Fundador del cristianismo no es sólo de creencias, con que se enlazan todos los espíritus, los cuales no piensan en materias religiosas sino en perfecto acuerdo con su cabeza visible; eslo también de sentimientos, con que se hacen uno en Cristo los corazones de todos los creyentes¹. Así se vió en aquella edad de oro de la naciente Iglesia: *Entre toda aquella muchedumbre de cristianos no había más que un corazón y una alma*². Jamás vió ni oyó el mundo un caso semejante, y ésta debía ser la contraseña de los verdaderos discípulos de Cristo, según disposición expresa del divino Maestro³. Fácil era, según esta señal inequívoca, reconocer al primer golpe de vista á los cristianos de pura raza, y discernirlos de los espúreos y de sólo nombre. Éstos fueron siempre *herejes*, es decir, según la fuerza literal del vocablo, autores de división, desgarradores de la túnica inconsútil, enemigos de toda unidad. Los que negaron más adelante, desde el siglo IX hasta nuestros días, la verdad de la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, merecen más que todos la nota de disociadores y fautores de discordias en el pueblo cristiano. Porque á poco que se reflexione se hallará que no hay germen más fecundo de discordia, como arraigado en lo más hondo del corazón, que la divergencia de opiniones religiosas. ¡Y si, en efecto, se

¹ Col. 3, 11.² Act. 4, 32.³ Io. 13, 35.

tratara de meras opiniones! Así suelen apellidarse en este siglo de vacilaciones y paradojas, las creencias religiosas; pero por lo que respecta al verdadero católico, esas creencias, lejos de ser simples opiniones, son convicciones firmísimas, por cuyo sostenimiento daría sangre y vida, si fuese menester; son verdades más incommovibles en su pecho que las rocas de los principios evidentes; son su más precioso tesoro, que por ninguna violencia se dejaría arrebatar. Y ¿quién no comprende que, siendo de tal naturaleza las verdades de la fe sobrenatural, nada es tan odioso como herirlas de frente con la negación, y atacarlas hasta con la sátira y el insulto, como lo hacen los sectarios, mofadores de la respetable creencia secular de todo un pueblo? ¿Quién puede calcular hasta dónde llegará la amargura que esa lucha de doctrinas debe necesariamente producir en las entrañas del cristiano pueblo, como tósigo de muerte? La historia de todos los siglos, pero especialmente de los tres últimos, lo atestigua con la elocuencia de los hechos. ¡Qué de guerras de religión, qué de animosidades y odios implacables, qué de ruinas no ha amontonado el protestantismo, intruso por la fuerza ó el ardid en las naciones católicas! ¡Ay del pueblo dividido por oposición de doctrinas religiosas, que no podrá permanecer mucho tiempo sin rasgarse en bandos, y de ahí en sangrientas luchas intestinas! Pero demos de barato que, debido á la general indiferencia religiosa, ya casi apagado el ardor de la fe antigua, ó, si queréis, merced á cierto espíritu de tolerancia, las discordias no lleguen á tocar en esos extremos lamentables: ¿dejará por eso de resfriarse más y más la caridad? ¿podrán amarse como hermanos los que andan hondamente separados en punto tan importante como las doctrinas de la fe? ¡No! no

llega todavía á tanto la indolencia, que no influya, y no poco, en la unión y desunión de los corazones la unidad ó disonancia de doctrinas. Díganlo los que viven bajo un mismo techo, los que cobija una misma bandera. Por eso exhortaba San Pablo á los fieles de Corinto: *Decid todos una misma cosa, para que no haya cisma entre vosotros*¹. *Sed perfectos teniendo un mismo sentir y parecer. ¿Hay por ventura división en Cristo?*

9. Y ¿qué será, cristianos oyentes, si á la oposición de creencias se sigue, como es natural, la oposición de prácticas y de lenguaje? ¿si uno alaba lo que otro vitupera, si el marido blasfema de lo que tiene por sacrosanto la mujer, si el incrédulo se mofa del augusto Misterio y desprecia el Sacrificio de la Misa á que no asiste jamás, entre tanto que el deudo y el amigo se arrodillan respetuosamente al pasar el santo Viático, y se descubren la cabeza al oír tocar á *Sanctus*, y no pierden procesión ni Misa? ¿Podrá negarse que esta contrariedad de costumbres, si no llega á turbar por completo la paz de las familias y de la sociedad, es un mal gravísimo, semillero de disgustos que hacen amargas y tristes muchas vidas? ¿No es esto romper la unión de los corazones, esa suave y venturosa unión que hace de la tierra un trasunto y remedo del cielo? Demasiado lo sabéis, ¡oh almas que tenéis la desgracia de experimentarlo de cerca! Ahí tenéis una de las mayores desventuras acarreadas á la sociedad moderna por la mal llamada libertad de conciencia y su corolario, la libertad de cultos, para no hablar de otro fruto no menos funesto, cual es el espíritu de indiferencia religiosa, la pérdida de la fe que resulta del escándalo corriente.

¹ I Cor. I, 10—13.

10. Pero miremos ya el asunto por un aspecto más consolador, contemplando el espectáculo de millares de corazones unidos, como en cadena de oro, por la fe y el culto de la sagrada Eucaristía. *O sacramentum pietatis, vinculum caritatis!* ¿Qué fuerza de atracción espiritual puede igualarse á la que posee el Sacramento del amor? Porque, en primer lugar, por él nos unimos estrechamente á Jesucristo, como los miembros á su cabeza, ó, mejor dicho, como el cuerpo al espíritu que lo anima y vivifica. Oíd al gran doctor San Agustín discurrendo sobre aquellas palabras: *El que come mi carne y bebe mi sangre, él permanece en mí y yo en él*¹: «Permanecemos en Él siendo sus miembros; permanece Él en nosotros cuando somos templo suyo. Pero ¿cómo podemos serlo, si la unidad no nos enlaza? y ¿cómo puede enlazarnos sino por la caridad? Luego el espíritu de Cristo es el que nos vivifica, mientras permanecemos unidos á su cuerpo. Separados de éste, ya no puede darnos vida su espíritu. Esto debe infundirnos un saludable temor de ser separados y cortados del cuerpo de Cristo, y cierto que nada debería temer tanto el cristiano.»² He aquí, pues, el Sacramento por el cual nos unimos á Cristo hasta el grado de incorporarnos con Él y participar de su propia vida. Y al ser esto así, decidme, ¿no quedamos también mutua y estrechamente unidos en el mismo cuerpo del Señor? Miembros disgregados ¿pueden recibir la vida que les da el espíritu? Evidente es que no: luego el Sacramento de la Eucaristía es el más fuerte y hermoso vínculo de los corazones cristianos. ¿Qué será, pues, de los que lo desconocen, de los que le blasfeman, de los que no le

¹ Io. 6, 57.² S. August., tr. 27 in Io. (in Brev.).

reciben jamás? ¿Podrán mantener éstos viva en su pecho la llama de la caridad? Por lo que toca á los verdaderos adoradores del Dios sacramentado, la caridad los inflama, la caridad los compele á amar hasta á sus mismos enemigos y perseguidores, hasta á los enemigos de Dios, porque la caridad de Cristo no conoce el odio, ni el rencor, ni la venganza: la comunión hace fervientes cristianos, no fanáticos ni vengativos.

11. Aun para llegarse á ofrecer un don cualquiera ante el altar, es preciso reconciliarse primero con el hermano agraviado, á fin de que la ofrenda sea aceptable á los ojos de Dios¹. Sí, hermanos míos, si por dicha nuestra nos sentamos á la Mesa de Jesucristo, para alimentarnos de su sagrado cuerpo, nuestro deber es hacerlo como hijos de un mismo padre, como verdaderos hermanos que se aman de todo corazón. Lejos del sagrado banquete los odios, envidias y rencores y cuantas malas pasiones corroen el corazón y secan el árbol frondoso de la caridad. Abracemos en la caridad de Cristo á los mismos desgraciados que no participan de nuestra fe ni de nuestros sentimientos, y pidamos al Señor les arranque la venda de los ojos para que vean que este Sacramento de piedad es el mayor tesoro que nos ha legado Jesús al morir, porque es el signo de aquella unidad característica de la verdadera Iglesia, fuera de la cual no hay unión con Dios sobre la tierra por gracia, ni puede haberla en la eternidad por la visión beatífica. En cuanto á nosotros católicos, unidos por la fe y el amor de Jesús sacramentado, confiamos llegar á la unidad perfecta en el seno de Dios en la bienaventuranza. Así sea.

¹ Matth. 5, 24.